

LA CULTURA EN TRANSICIÓN

RECONCILIACIÓN Y POLÍTICA
CULTURAL EN ESPAÑA, 1976-1986

GIULIA QUAGGIO



ALIANZA EDITORIAL

Giulia Quaggio

La cultura en transición

Reconciliación y política cultural en España,
1976-1986

Las fotos n.ºs 5, 6, 10 y 17 proceden del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Archivo General de la Administración (AGA):

Fondo Medios de Comunicación Social del Estado (MCSE), signaturas: F-00360-010-004 y F-03998-009-001; Fondo Ministerio de Información y Turismo, signaturas:

IDD (03)052.118, caja 79357 y IDD (03)052.1118, caja 79320

Las fotos n.ºs 21 y 22, proceden de la Biblioteca Nacional de España (BNE)

Las fotos n.ºs 8 y 23 pertenecen al Archivo del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Archivo Central. Secretaria de Estado de Cultura, signaturas: AC 90384, exp. 7 y AC 62295, exp. 2

Las fotos n.ºs 1, 2, 3, 4, 7, 9, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 18, 19, 20, 24, 25, 26, 27 y 28 pertenecen a la Agencia EFE

Contenido

Prólogo

Introducción

Capítulo 1. Señales de vida

Capítulo 2. Volver a empezar

Capítulo 3. Ciudadanía y democratización cultural

Capítulo 4. El rescate del pasado

Capítulo 5. Beatería artística

Bibliografía y fuentes citadas

Archivo fotográfico

Créditos

PRÓLOGO

José Álvarez Junco

Confieso que cuando me presentó Giulia Quaggio su tema de investigación, me costó algún trabajo sentirme muy interesado. Por mis temas habituales de investigación y enseñanza, estoy acostumbrado a oír propuestas sobre protestas sociales, choques revolucionarios, políticas represivas... acción, en fin, movimiento y tragedia. La política cultural me sonaba, más bien, a operación fríamente planificada y pocas veces imaginativa, de dudosa repercusión en la vida social. Me pareció que, en el proceso de la llamada Transición política española, que condujo de la dictadura franquista al actual sistema democrático, quedaban por estudiar otros muchos aspectos de mayor atractivo antes de prestar atención a la política cultural.

A medida que avanzó su investigación, sin embargo, Giulia supo convencerme del interés de su tema. La política cultural fue un aspecto esencial de aquel proceso porque las divisiones españolas al morir el dictador eran tan profundas que era necesaria toda una reconstrucción del pasado colectivo que sirviera de base para una redefinición de la imagen, de la identidad colectiva, del *demos* o sujeto básico de la democracia. Esa es la operación se llevó a cabo en los años de la Transición y, tras los avatares que Giulia Quaggio estudia en este libro, culminó con un considerable éxito, al menos a medio plazo.

El descubrimiento de la necesidad de una política cultural que sustituyera a la mera «propaganda» falangista pro-

cede, en realidad, del tardofranquismo. Corrió a cargo del Ministerio de Información y Turismo, cartera creada en los años cincuenta y entre cuyos titulares destacó, ya en los sesenta, Manuel Fraga Iribarne, y en la década siguiente Pío Cabanillas, que luego sería también primer ocupante de la cartera de Cultura. Fraga hizo política cultural sobre todo a través de la difusión y el manejo de la televisión pública. Cabanillas se ganó un nombre y un espacio en esta historia gracias a la «apertura» y el «destape», que consiguieron a la vez fomentar y distraer del debate político en los momentos finales de la dictadura. Más tarde, en el quinquenio de UCD, alcanzaría protagonismo Javier Tusell, que solo ocupó la dirección general que luego se llamaría de Bellas Artes pero que hizo sombra a sus superiores, titulares del sillón ministerial, con su política de exposiciones y con la negociación que culminó en el retorno del *Guernica*.

En los años de la Transición se desarrollaron dos procesos, en principio contradictorios: por un lado, se transfirieron las competencias en materia de cultura a las Comunidades Autónomas —sin conceder gran importancia al asunto; la cultura, para los hombres del Movimiento, era «cosa de chicas»; como los floreros que adornaban las mesas donde ellos discutían de temas serios—; por otro, se creó el Ministerio de Cultura y el gobierno comenzó a desplegar una actividad política amplia y profunda en este campo. A partir sobre todo de la llegada de los socialistas al poder, se produjo un fenómeno inédito en la España contemporánea, cual fue el acercamiento del gobierno a los intelectuales; más aún, el intento de atraérselos para su campo político, por cierto, con notable éxito. Se ampliaron, además, considerablemente los recursos de Ministerio de Cultura, dedicándolos a museos, a premios literarios, a subvenciones al cine y al teatro o a la proyección exterior de la imagen cultural española. Gracias a aquellos recursos se modernizaron las infraestructuras culturales en el país: se crearon museos como el Reina Sofía, se fomentó la gratuidad de los ya exis-

tentes y se multiplicaron las exposiciones de pintura de éxito masivo.

La convicción dominante era que se precisaba una cultura democrática, moderna y popular, que desbordase los tradicionales círculos elitistas; de ahí que se llevaran a pueblos y ciudades de provincia actividades antes consideradas de élite, replicando en cierto modo los experimentos republicanos de los años treinta bajo el nombre de «misiones pedagógicas». A la vez, en línea con lo que en la misma época hacía Jack Lang en la Francia de Mitterrand, se trataba de contrarrestar, en nombre de la defensa de la identidad europea, el dominio de la gran industria norteamericana del *entertainment*, tildada de «consumista».

Los protagonistas de la mayor parte de este trabajo fueron los dirigentes del PSOE que accedieron al gobierno a finales de 1982. Perteneían a mi generación, la de los hijos de quienes hicieron la guerra, y por tanto la conozco bien —aunque no me refiera ahora, desde luego, a mi caso, pues personalmente me mantuve en la estricta esfera académica—. Formados en la niñez en el nacionalcatolicismo, habían vivido en su juventud un intenso clima antifranquista, alimentado por el jacobinismo leninista y el obrerismo revolucionario. De todo ello hubieron de abdicar de manera casi repentina a principios de los ochenta para adherirse a un pragmatismo a veces descarnado. Y, a la vez que se hizo preciso sustituir el proyecto revolucionario por uno modernizador, hubo que abandonar el internacionalismo para alinearse con quienes defendían la identidad nacional. Lo cual no era sencillo, porque la identidad nacional, a la luz de las tradiciones heredadas, casaba mal con la modernidad. Había que inventar una forma peculiarmente española de acceder a la modernidad; y en eso consistió la operación que este libro describe. Lo que no quiere decir, por supuesto, que fuera un proceso dirigido por algún omnisciente cerebro oculto, sino un camino recorrido a tientas, asumiendo o descartando cada resorte según su eficacia.

La dificultad política de aquel proceso se derivaba del conflictivo legado recibido de los siglos anteriores, en los que habían dominado dos representaciones de la imagen nacional radicalmente incompatibles: la España laico-liberal frente a la católico-conservadora; en términos culturales, el racionalismo progresista heredado de la Ilustración frente a la tradición contrarreformista encarnada en el Barroco. Pero eran tiempos dominados por aquel consenso que permitió llegar a los acuerdos políticos básicos de la Transición. Y ese mismo clima constructivo —que duró hasta el inicio de los noventa— hizo posible también la política integradora en el terreno cultural.

Podría imaginarse que aquel acuerdo cultural se limitó a reivindicar una «tercera España» que habría intentado evitar o se habría mantenido al margen de las pugnas fratricidas del pasado. Es cierto que tanto Jovellanos como Ortega o Marañón, que podrían encarnar esta vía intermedia, fueron personajes exaltados en aquellos años. Pero no bastaban, porque esa tercera vía político-cultural, con ser admirable, era tan excepcional que había que buscarla con lupa. Una política conmemorativa amplia e integradora exigía celebrar de igual forma los elementos más arraigados de las otras dos. Aunque interpretándolos, eso sí, de una manera intencionadamente no conflictiva. Se celebró, pues, a Fernando de los Ríos, pero más como liberal que como socialista. No se conmemoró en cambio a Pablo Iglesias, ni recibió ningún apoyo oficial el centenario de Marx en 1983. El cincuentenario de la Guerra Civil, en 1986, se recordó con un perfil muy bajo, sin ceremonias públicas; fractura y tragedia eran justo lo opuesto a lo que se quería recordar. Fue festejado, en cambio, el cincuentenario del congreso de intelectuales antifascistas en la Valencia republicana de 1937; no tanto por recordar la guerra como por el hecho de que intelectuales del mundo entero se habían reunido en España y para apoyar a España. Fueron igualmente homenajeados muchos exiliados, a medida que caían las fechas de sus

centenarios, en especial los pertenecientes a las fracciones más cultas y moderadas del republicanismo, como los krau-sistas. Retrocediendo en el tiempo, se reivindicó a una figura tan conflictiva como el padre Las Casas en 1985, decisión que requirió sin duda muchas cavilaciones previas.

Esto, por lo que hace a la España liberal o de izquierdas. De la otra, tampoco se regatearon esfuerzos ni recursos para recordar los aspectos más presentables del pasado monárquico, ligado a nombres como Alfonso el Sabio o Carlos III. Se pasaron, en cambio, por alto los centenarios del nacimiento de Fernando VII o de la muerte de Carlos II. Nadie quería evocar la represión política ni la decadencia. Los reyes fueron recuperados como mecenas de las artes, como impulsores de la modernización o asociados a los esplendores culturales de España en Flandes o en América. Sorprendentemente, también se sumaron con aparente entusiasmo los jóvenes gobernantes socialistas a las celebraciones populares provenientes de la España barroca, pero reinterpretadas de manera que resultaran ajenas a la Contrarreforma. Se relanzaron, así, fiestas y personajes exaltados por la tradición: las procesiones de Semana Santa, la festividad del Corpus Christi o el Camino de Santiago, pero también los carnavales; santos católicos, a la vez que Carmen, los bandoleros o Goya. Problemas especiales planteó la fiesta de los toros, pero tanto las autoridades como los medios de comunicación optaron por incorporarla —*El País*, en primer lugar, que en esto se distanció radicalmente de su antecesor *El Sol*; algo pudieron tener que ver con ello las aficiones personales de Javier Pradera—.

Un aspecto especialmente importante de la nueva imagen de España era su modernidad. Ya que el pasado era conflictivo, la consigna fue fijar la vista en el futuro. Ya que la tradición española no era fácil de compatibilizar con la modernidad, había que ser posmodernos. Un artista como Miró, que había sido emblema del catalanismo antifranquista, se convirtió así en representativo de la cultura española

y una obra de Tàpies sirvió de portada para el catálogo en la «Europalia» de Bruselas 85, cuando España aún no había entrado en la CEE. Andy Warhol visitó Madrid en 1986 y cuando, en esos mismos años, lo hizo también el presidente Reagan, el gobierno de Felipe González le regaló una escultura vanguardista.

A la modernidad se añadió la juventud, símbolo también de los nuevos tiempos. Miquel Barceló fue el valor emergente preferido por los gobiernos socialistas y la *movida* madrileña, símbolo a la vez de juventud y de modernidad, recibió el inequívoco apoyo oficial. Era un impulso también hacia el apoliticismo, pues no importaban tanto los valores que encarnaba o su significado profundo como sus aspectos estéticos o su atractivo para el turismo.

El máximo responsable de toda aquella tarea, y a quien cabe atribuir buena parte de su éxito, fue Javier Solana, ministro de Cultura del PSOE durante la mayor parte de los ochenta, personalidad innatamente conciliadora, con conexiones familiares con el mundo del exilio republicano moderado y amplia experiencia internacional desde sus años de estudiante. La culminación y el resumen de toda aquella trayectoria fueron los fastos del 92, cuya preparación había iniciado Solana a mediados de la década anterior: Olimpiadas de Barcelona y *Expo* de Sevilla coincidieron con la celebración del quinto centenario del viaje colombino, para el que se tardó en encontrar un nombre, tras haber caído en la cuenta de que «descubrimiento de América» no era políticamente correcto. Lo que se pretendía con todo aquel despliegue era la promoción de España y su democracia coronada como una realidad esencialmente europea y moderna, pero sin renunciar a su pasado. España era ahora un país europeo «normal», todo lo contrario de aquella España «diferente» que había vendido la propaganda turística del franquismo. Era, además, una historia de éxito: se había modernizado, había alcanzado el bienestar económico y había establecido una democracia similar a cualquier otra

del mundo occidental; hasta empezaba a verse aureolada por éxitos deportivos. El cambio de imagen, en relación con la de la «Leyenda negra» o incluso con la mucho más benévola de los viajeros románticos, era espectacular. Y no hay duda de que hizo ascender al ministro Solana un peldaño crucial en su deslumbrante carrera política.

Con lo dicho basta, me parece, para convencer al lector de la originalidad y el interés del tema abordado por Giulia Quaggio. Un tema que ella trata de manera enormemente cuidadosa, a partir de una gran recolección de datos, y que argumenta de manera coherente y bien estructurada. Animo al lector a adentrarse en esta obra si quiere entender la historia de este país en aquel periodo crucial que llamamos la Transición política española.

Madrid, enero de 2014

INTRODUCCIÓN

Y es que, como ya no está mal visto eso de pastar en los predios del poder público, y como este se muestra tan propicio a favorecer el cultivo de las artes, las letras y las ciencias, se han trasladado ahora al terreno de la *cultura*, en desdichada confusión de los campos respectivos, los criterios, prácticas y artimañas de la actividad política [...]

Francisco Ayala, «Gracias y desgracias de la política cultural», *El País*, 15 de julio de 1983

Durante mucho tiempo, la Transición española ha sido descrita en términos de modelo pacífico, rápido y ejemplar por el que un sistema político y social asume un nuevo marco democrático después de una larga dictadura. Sin embargo, escritores, cineastas, artistas, especialmente las nuevas generaciones de historiadores, están contribuyendo a una profundización, cuando no revisión, de esta lectura a través de recientes estudios y obras de arte que no contrabandean ni las luces, ni las sombras, ni los rasgos contradictorios del proceso.

Más aún, al calor de las nuevas corrientes de protesta ciudadana, como el Movimiento 15-M, y en medio de la recesión que sigue afectando hoy a España, agravada por una serie ininterrumpida de escándalos financieros que parecen socavar los cimientos económicos, pero también políticos y morales de la nación, afloran grietas en la valoración de un proceso democratizador elogiado, en su momento, por una amplia mayoría. No faltan análisis, un tanto simplistas en su planteamiento, que han querido ir más lejos, descubriendo, con un propósito tal vez catártico, el origen de todos los males que nos aquejan en la cultura política surgida durante la Transición, vista como opaca, jerarquizada,

uniformizadora, mercantilizada y ya inevitablemente oxidada desde la perspectiva actual.

Suele suceder, sin embargo, que la realidad se demuestra mucho más compleja que cualquier corsé conceptual, por muy original y sofisticado que sea este. Así, los referidos análisis parecen contemplar el pasado con los turbios ojos del presente y olvidan que fue entonces cuando se tuvo que combatir el virus del franquismo, cuya derrota final solo fue posible por medio de incontables sacrificios y, en el campo que nos ocupa, gracias también a la colaboración de grandes artistas, intelectuales y, más en general, mediante el extraordinario poder comunicativo de las obras de arte. Pero, precisamente por eso, hoy más que nunca, teniendo presente el valor y el esfuerzo de muchos ciudadanos españoles por legar a sus hijos un futuro en el que pudiesen vivir en democracia y libertad, es necesario hacer *tabula rasa* de los tópicos y estereotipos enfrentados. Una indagación semejante solo puede llevarse a cabo asumiendo la honestidad intelectual de la investigación científica y partiendo de la base de los documentos de archivo. En efecto, las hemerotecas y los archivos nos surten con un fondo cada vez más amplio y accesible, por grandes que sean, al mismo tiempo, las dificultades y obstáculos que la propia historia del presente de suyo comporta.

Lo que pretende humildemente este libro, así pues, es modificar el ángulo de investigación, analizando el proceso democratizador español desde el privilegiado prisma que nos concede la cultura o, por mejor decir, viéndolo desde la óptica de la gestión política que los distintos gobiernos hicieron de la cultura. Pensamos que la relación problemática que se establece entre política y cultura durante la Transición está todavía sin explorar de manera rigurosa. Es bastante raro, teniendo en cuenta que tanto la sociología como la teoría política sí que han mostrado un cierto interés por los procesos culturales de algunos países de Sudamérica, especialmente Chile y Argentina, o Europa del Este,

que han vivido transformaciones políticas comparables a la experiencia española. Ahí están las investigaciones de Óscar Landi, Néstor García Canclini, Manuel Antonio Garretón o Ana Wortman para demostrarlo¹.

Expliquémoslo bien: el estudio de la cultura en la Transición ha producido en España numerosas monografías sobre campos concretos. Sobre cine, por ejemplo, o sobre literatura, teatro, arte, incluso, aunque en menor medida, sobre el papel de los intelectuales ante el cambio político. En cambio, se echan en falta estudios sobre políticas culturales llevadas a cabo por el Estado español en las diferentes fases del periplo seguido hasta la entrada en el puerto de la democracia, incluyendo en dicha travesía la difícil maniobra de atraque, que duró años. Así que el objetivo del presente trabajo es el de reflexionar sobre el papel social que la política cultural gubernamental tuvo a la hora de transmitir e incentivar una Transición culminada con éxito y fundada en la reconciliación antiideológica de las diversas sensibilidades políticas.

La política cultural, ciertamente, asumió un rol fundamental en la socialización de los españoles, entendiendo por tal la voluntad de transmitir los valores democráticos consagrados por el nuevo Estado. A tal fin, las autoridades no dudaron en dar a conocer o propagar nuevos modelos y ejemplos de intelectuales u obras de arte mediante exposiciones, creando instituciones culturales específicas, o, en definitiva, a través de un calculado programa de conmemoraciones oficiales.

Ha sido habitual incluir la política cultural entre las actividades secundarias de un Estado, una esfera que sería accidental respecto a otros ámbitos gubernamentales, apenas coloreándolos, adjetivándolos. La política económica, la política militar o la política exterior representarían, entre otros, los órdenes de actuación «serios» de la política, aquellos que afectarían de forma directa la vida de los ciudadanos. Nuestra investigación se propone rescatar una es-

fera administrativa infravalorada con demasiada frecuencia hasta convertirla en una importante categoría que ha determinado, y a su vez ha sido determinada, por el desarrollo del proceso de democratización.

No resulta sencillo definir el concepto de política cultural. «Política» y «cultura» se compenetran en su pluralidad semántica. Si, por un lado, esa unión contiene la idea ilustrada de cultura como forma especial de civilización, del otro conserva la noción romántica de cultura como configuración del espíritu y de la identidad de un pueblo². Según la definición de Toni Bennett, el estudio de la política cultural implica el análisis de los instrumentos (legales, administrativos, económicos) mediante los cuales los gobiernos organizan los recursos culturales de un país en base a específicos objetivos simbólicos, económicos y sociales³. También en España la política cultural ha seguido un determinado camino de institucionalización, ligado en la mayor parte de los casos al mecenazgo de la monarquía. De manera que la política cultural le ha servido históricamente al Estado español para exhibir una peculiar forma de poder y crear un tejido social estratégico por medio del cual los propios ciudadanos pudiesen consumir los productos artísticos y culturales bajo determinadas claves interpretativas⁴.

El arte y las manifestaciones del intelecto se convierten, para los gobiernos, en medios indirectos de comunicación, elementos exclusivos de distinción y compensación social y psicológica para la población. Además, con la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, las políticas públicas dirigidas a la cultura se transformaron en un elemento imprescindible en las agendas de los Estados democráticos tras la Segunda Guerra Mundial y, sobre todo, después de las protestas y transformaciones culturales que fueron tomando cuerpo a finales de los años sesenta.

Tradicionalmente, en España, la política cultural no ha dependido de un solo organismo, sino que ha estado dise-